



Corintios XIII

Revista de teología y pastoral de la caridad

CUIDADO Y GENERACIONES EN EL ÁMBITO COMUNITARIO

Sacramento Pinazo Hernandis* y Mariano Sánchez Martínez**

6. Cuidado y generaciones en el ámbito comunitario

Sacramento Pinazo Hernandis* y Mariano Sánchez Martínez**

Resumen

Tomamos conciencia de nuestra necesidad de ser cuidados, y de que la fragilidad de nuestro sistema de cuidado necesita de una acción comunitaria multigeneracional. El cuidado intergeneracional se entiende como el cuidado entre las distintas generaciones desde la corresponsabilidad. Somos miembros interdependientes de una misma comunidad y estamos vinculados en un proyecto común. Y por eso tenemos un compromiso de cuidado mutuo, que nos lleva a cuidar a los extraños del tiempo, más allá del vecindario y de la familia. La generatividad demuestra la contribución de las personas mayores al desarrollo personal, comunitario y social, frente al malentendido de un cuidado de los mayores que solo ve unidireccionalmente la ayuda a los mismos, como meros receptores de ayuda. El artículo termina con varios ejemplos de proyectos intergeneracionales desde el cuidado mutuo.

Palabras clave: cuidados, intergeneracionalidad, interdependencia, tiempo, generatividad.

* *Universidad de Valencia.*

** *Universidad de Granada.*

Abstract

We become aware of our need to be cared for, and of the fragility of our care system, that requires multigenerational community action. Intergenerational care is understood as care between the different generations from co-responsibility. We are interdependent members of the same community and we are linked in a common project. That is why we have a commitment to mutual care, which leads us to take care of strangers in time, beyond the neighborhood and the family. Generativity demonstrates the contribution of elderly to personal, community and social development, despite the wrong idea of caring for elderly only seen as helping them in a unidirectional way, as mere recipients of help. The article ends with several examples of intergenerational projects from mutual care.

Keywords: care, intergenerationality, interdependence, time, generativity.

I. El cuidado intergeneracional: cuidar-nos en el tiempo

El tema del cuidado ha vuelto a emerger con fuerza en el debate público estos últimos meses. Una simple búsqueda rápida en una base de datos lo confirma: en el semestre marzo-septiembre de 2020 los términos del campo semántico de los cuidados (cuidar, cuidadora, cuidado, etc.) aparecieron en títulos y subtítulos de contenidos de prensa un cincuenta por ciento de veces más que en los seis meses anteriores. Expresiones como las siguientes han proliferado en las páginas de los periódicos: «cuidados intensivos», «cuidados críticos», «cuidado familiar», «cuidar a los profesionales sanitarios», «nos cuidan las limpiadoras», «hay que cuidar a quienes nos cuidan», «cómo cuidar a los enfermos», «el cuidado a los vulnerables», «cuidados a dependientes», «cuidar a los cuidadores», «cuidar a los jóvenes», «cuidar las emociones», «la invisibilidad del trabajo de cuidados», «cuidarse para cuidar la economía», etc.

Ciertamente, el citado porcentaje tan solo es un indicio, pero parece lógico tras la súbita aparición de la pandemia asociada a la COVID-19. Si hay algo que nos hace pensar en el cuidado es una amenaza para nuestra salud: si la salud se resiente, o nos cuidamos por nosotros mismos o rápidamente buscamos a quien nos pueda cuidar. Esta pandemia ha mostrado claramente, como ya lo hicieron las anteriores, que todos somos seres vulnerables y que a lo largo de la vida nos necesitamos unos a otros: «Nos cuidan, cuidamos y nos vuelven a cuidar, en un círculo vital que deberíamos procurar que fuera virtuoso porque contribuye a dar sentido a la existencia personal y a reforzar nuestro músculo como comunidad avanzada y moderna» (Fundación Aubixa, 2019: XX).

Asimismo, la pandemia ha vuelto a poner de manifiesto algo que nos interesa destacar especialmente en estas páginas: la necesidad de que sociedades y comunidades sean inclusivas para todas las edades y generaciones, no solo por razones de solidaridad, equidad o justicia social, sino también para contar con comunidades más fuertes, más capaces y más vivibles; la actual pandemia nos ha hecho recordar que hay problemas que padecemos en comunidad y que deben ser resueltos en comunidad.

Por otro lado, la crisis del coronavirus ha evidenciado que todavía existen muchas fisuras en el sistema sociosanitario de atención a las personas en situación de fragilidad, discapacidad y dependencia, entre las que hay gran cantidad de personas mayores con considerables necesidades de apoyo. La situación se ha desbordado y los recursos sociosanitarios existentes han demostrado ser insuficientes y poco eficientes para cuidar. El número de fallecidos ha sido enorme según las cifras de las que disponemos —lo que nunca sabremos es cuántas personas han fallecido por *des-cuido*—.

La propuesta de fondo de este artículo es clara: ante la situación generada por la COVID-19 debemos replantearnos —una vez más— nuestras maneras de concebir y practicar los cuidados, y en particular la implicación al respecto de todas las generaciones capaces de cuidar. Entendemos que la fragilidad del *sistema de cuidados* es algo que debe abordarse en comunidad, sí, pero en una comunidad multigeneracional, en la que coexisten edades y generaciones distintas —un tipo de diversidad a menudo invisible o desaprovechada. Visto de este modo, muchas cuestiones poco habituales cobran pleno sentido: ¿Qué responsabilidad queremos asumir a lo largo de nuestras vidas, conforme nos movemos entre edades y generaciones, como personas cuidadoras, para con nuestro entorno más cercano? ¿Qué sucede si a cierta edad o por la pertenencia a una generación concreta no asumimos el deber de cuidar(*nos*)? ¿Parcelamos la práctica del cuidado —*Yo cuido a estos de mi generación pero no a esos de otra generación*— o la hacemos transversal y la ejercemos no solo con los propios, sino también con los generacionalmente extraños?

1.1. Sinergia e inteligencia

Con esta intención de fondo vamos a hablar del *cuidado intergeneracional*, una expresión de escasa implantación en nuestro lenguaje —solo hay que consultar el termómetro de Google para comprobarlo—. Con ella no nos vamos a referir únicamente al cuidado de personas mayores por parte de otras que no lo son, sino al *cuidado entre las distintas generaciones*, de unas generaciones para con otras, y sin caer en el reduccionismo de hablar únicamente de generaciones familiares. Si habitualmente las familias son una escuela de cuidados en la que muy a menudo coinciden distintas generaciones —por ejemplo, padres y madres, hijas e hijos, abuelos y abuelas—, ¿qué hemos hecho con lo aprendido en el espacio familiar a la hora de actuar como cuidadores y cuidadoras de personas de otras generaciones dentro y fuera de nuestra familia?

No queremos dar a entender que la práctica intrageneracional del cuidado —entre personas de una misma generación— no sea necesaria; en absoluto —datos recientes incluso apuntan, por ejemplo, que el volumen de personas muy mayores que atienden a otras personas mayores cuidadoras es tal que tiene que ser rescatado del olvido (Gómez, Fernández y Cámara, 2018). Lo que perseguimos es mostrar lo específico del cuidado intergeneracional en una sociedad con una población «envejeciente» —aunque esta expresión no sea técnicamente muy acertada: «las poblaciones no tienen edad, no envejecen, eso lo hacen las personas. Las poblaciones cambian la estructura por edades» (Pérez Díaz y Abellán García, 2018, p. 11).

Quienes defendemos la apuesta por la intergeneracionalidad, lo hacemos convencidos de que el hecho de entrelazar a personas de generaciones distintas

puede aportar muchos beneficios tanto a esas personas concretas, como a quienes forman parte de otros grupos generacionales. Los últimos meses han dejado bien claro que necesitamos sensibilizar a los ciudadanos de todas las edades sobre el cuidado y capacitarles para ser buenos cuidadores a lo largo de sus vidas, es decir, hay que crear las condiciones adecuadas para que las personas nos vayamos implicando en la corresponsabilidad de cuidar. ¿Por qué? Porque, como veremos más adelante, somos seres interdependientes en el tiempo y desaprovechar, despreciar o ignorar esa circunstancia antropológica puede suponer —como, de hecho, estamos viendo— la puesta en serio riesgo de la viabilidad de nuestra existencia. Así que, cuidar a personas de otras generaciones y permitir ser cuidado por esas personas es un asunto que no puede traernos sin cuidado. ¿Alguien se permitiría el lujo de no dejarse cuidar por una persona mucho más joven si esa persona fuese la mejor opción? Cosa distinta es que, necesitando cuidados y no teniendo a mano ni a familiares ni a amigos coetáneos, el cuidado no se pudiera hacer efectivo porque ni en nuestra cabeza ni en la de esa persona mucho más joven —un vecino de nuestro mismo edificio, por ejemplo— exista la creencia de que cuidar a alguien de otra generación forma parte de lo que tenemos que hacer para cultivar la imprescindible interdependencia temporal —nadie puede vivir la vida relacionándose exclusivamente con personas de su misma generación, y esperando que solo estas sean las que le cuiden.

Además, en el caso específico de la intergeneracionalidad, el cuidado combina capacidades individuales asociadas a una posición temporal para crear un bien colectivo mayor; pues la intergeneracionalidad bien planteada, por su doble naturaleza relacional y temporal, no solo suma, sino que multiplica el valor de cada persona; es lo que se ha llamado «sinergia intergeneracional». Este concepto se puede entender mejor mediante un ejemplo: cuando una abuela de 80 años cuida a su nieto de 15 años, no solo tenemos delante un acto de cuidado entre dos familiares sino, *además*, una doble oportunidad para que ese adolescente pueda asomarse a una etapa muy, muy alejada de la suya, en el ciclo vital, y conocer así, de primera mano, la longitud de la vida; por otro lado, esa abuela también puede revivir —o mantener— momentos de adolescencia de modo que deje de estar enclaustrada en su identidad como mujer mayor. Todo esto supone un plus, una sinergia que logra que el cuidado del que hablamos sea un acto netamente superior a la mera combinación de una persona cuidadora (una mujer mayor) y una cuidada (un adolescente) en acción; la sinergia aparece por el cruce de tiempos genuino de cualquier encuentro intergeneracional. Si en lugar de la abuela del ejemplo, la cuidadora hubiese sido una amiga de 15 años, esa sinergia de la que hablamos, surgida por la puesta en relación de dos posiciones temporales distintas en el ciclo vital, no habría sido posible.

Por otro lado, hay que recordar que las relaciones entre generaciones, como práctica, son consustanciales a lo humano. Sin embargo, lo que no hemos desa-

rollado suficientemente es la *inteligencia generacional*, esa que nos ayuda a saber cómo entender y actuar en contextos multigeneracionales en donde generaciones distintas a la nuestra están presentes. Para Biggs y Lowenstein (2011), que fueron quienes propusieron el concepto, «las relaciones intergeneracionales continúan proporcionando el contexto dentro del cual los individuos envejecen, la manera que estos individuos tienen de situar su propio envejecimiento y el valor relativo adscrito a ese proceso» (p. 6). La inteligencia generacional presta atención a cómo nos implicamos con otras personas de distintas edades en el marco de espacios atravesados generacionalmente: «el objetivo final sería lograr la habilidad de actuar, a sabiendas, dentro de un espacio intergeneracional, de forma que el pensamiento, los sentimientos y el comportamiento incorporen un entendimiento crítico de lo que son las generaciones» (p. 10). En definitiva, tener inteligencia generacional es ser capaz de mirar el mundo a través de unas lentes intergeneracionales que nos permitan desentrañar cómo la realidad social ha sido construida generacionalmente. La idea es que si sabemos mirar generacionalmente podremos ser capaces de actuar de forma reflexiva con relación a las identidades, las posiciones y las relaciones generacionales. Y dentro de ese actuar se incluye el doble ejercicio de cuidar y de ser cuidados.

1.2. Socialmente inter-dependientes

Una de las primeras consecuencias de desarrollar la inteligencia generacional es caer en la cuenta de hasta qué punto las personas de distintas generaciones somos seres interdependientes en un doble sentido: en el espacio sociocomunitario y en la temporalidad de nuestras vidas. Comencemos hablando de la interdependencia sociocomunitaria.

Participar, sentirse necesitado por otros, sentirse parte significativa de la comunidad son para Sarason (1974) características del sentido de comunidad que se define como «el sentimiento de que uno pertenece a, y es parte significativa de, una colectividad mayor» (p. 41). Reciprocidad y mutualidad son dos componentes claves del sentimiento de comunidad, que es un sentimiento de pertenencia e interdependencia voluntaria y que consta de cuatro ingredientes: percepción de similitud con otros; interdependencia mutua; voluntad de mantener esa interdependencia dando o haciendo por otros lo que uno espera de ellos; y sentimiento de pertenencia a una estructura mayor estable y fiable (la comunidad, el barrio, la vecindad, la familia). Son indicadores del sentido de comunidad el número de personas que componen la comunidad (familiar, vecinal o laboral) de cada uno, el sentimiento de ser parte de esa comunidad, la disponibilidad (afectiva y geográfica) de esa comunidad, y la disposición a alterar la permeabilidad de la «membrana» personal para incluir a los otros, y dejarles ser parte de uno mismo.

A finales del siglo XIX, el sociólogo alemán Ferdinand Tönnies hizo una distinción entre dos formas de organización social: la primera, asociativa, de raíz racional e interesada en subrayar que la vinculación con otros es solo un medio para conseguir determinados fines, y la segunda, comunitaria, basada en el afecto y la experiencia compartida y ligada a una voluntad natural de estar con esos otros; consideró a la primera —la sociedad— como ideal, y a la segunda —la comunidad— como real. Enlazando con esta última, Sarason (1974) definió el sentido de comunidad como «la sensación de que uno es parte de una red de relaciones de apoyo mutuo y fácilmente disponible en la que se puede confiar y como resultado de la cual no se experimentan sentimientos sostenidos de soledad» (p. 1). Años después, McMillan y Chavis (1986) ampliaron el concepto proporcionando uno de los primeros marcos para la medición del sentimiento de comunidad, compuesto por los siguientes elementos: en primer lugar, la membresía o *pertenencia*, es decir, ser miembro, pertenecer, que significa compartir un sentido de relación personal; en segundo lugar, la influencia, en el sentido de importancia, entendiéndose que el grupo influye en sus miembros porque es importante para los miembros que lo componen; en tercer lugar, la integración y satisfacción de las necesidades, esto es, sentir que las necesidades de los miembros serán satisfechas con los recursos recibidos de su pertenencia grupal; y en cuarto lugar, una conexión emocional compartida, el compromiso y la creencia de que los miembros han compartido y compartirán algo juntos (como una historia, lugares comunes, tiempo juntos y experiencias vividas). McMillan y Chavis (1986) argumentaron que el sentido de comunidad es «un sentimiento que los miembros tienen de pertenencia, un sentimiento de que los miembros importan, los unos a los otros, e importan al grupo, y una esperanza compartida de que las necesidades de los miembros se satisfarán a través de su vínculo y compromiso de estar juntos» (p. 9).

Basado en la teoría de Seymour B. Sarason, Pons y colaboradores (Pons, Grande, Gil y Marín, 1996) desarrollaron una escala sobre el sentimiento de pertenencia a la comunidad que administraron en un barrio de la zona centro en Valencia y descubrieron que ese sentimiento estaba formado por cuatro factores: vecindario (interacción vecinal, apoyo e interdependencia mutua), identificación (arraigo territorial), satisfacción con el barrio y necesidad de cambio. Y resultó que la interacción vecinal, el apoyo y la interdependencia mutua aparecían significativamente relacionados con la participación social: a más interdependencia, más implicación en el bien común.

Esta conceptualización de la experiencia comunitaria, a menudo denominada *sentido psicológico de comunidad*, ha inspirado muchas investigaciones dirigidas a comprender su relación con indicadores de bienestar y participación en entornos comunitarios/sociales como la satisfacción con la vida, entre otros. De hecho, se ha utilizado el sentimiento de comunidad para predecir niveles de soledad y satisfacción con la vida.

Hace una década, Nowell y Boyd (2010) complementaron el concepto de sentido de comunidad argumentando que los *recursos* y la *responsabilidad* son aspectos complementarios de la experiencia de la comunidad. Concluyeron que es posible que los indicadores de bienestar y satisfacción estén fuertemente asociados con experiencias positivas de una comunidad como recurso para satisfacer las necesidades psicológicas y físicas, y que las personas necesitan sentirse responsables del devenir comunitario —aquí asoma la otra dimensión que interesa a todo análisis intergeneracional: la temporal—, esto es, la sensación de que uno es parte de una red duradera de relaciones de apoyo mutuo fácilmente disponible de la que se puede depender, y con la que se vincula y por ello ya no tiene lugar la soledad no deseada. Si las características de un contexto comunitario concreto invocan estos aspectos, este modelo de Nowell y Boyd (2010) teoriza que las personas experimentan el sentido de la responsabilidad de contribuir al bienestar de la comunidad, y que esta responsabilidad puede existir independientemente de cualquier expectativa de satisfacción de necesidades actuales o futuras. En este modelo, el deseo de congruencia entre el pensamiento y la acción conduce a la participación de la comunidad y al bienestar psicológico posterior. Al respecto de los cuidados intergeneracionales lo deseable sería que cuidar a personas de generaciones distintas fuese parte de ese deseo de congruencia entre nuestro sentido de comunidad y nuestro actuar en la comunidad.

La vecindad es una construcción diferente y separada del sentido de comunidad pero que está relacionada con él. La vecindad, en sentido amplio, implica interacción social, interacción simbólica, vínculo y apego de las personas a otras personas que viven a su alrededor y también vínculo con el lugar en el que viven (Unger y Wandersman, 1985). La vecindad tiene un componente social —relacionado con el apoyo social emocional, instrumental e informativo a través de lazos fuertes o débiles que se pueden utilizar cotidianamente o en caso de necesidad y que contribuyen a promover la integración social—, cognitivo —referido tanto a la forma en que los residentes desarrollan mapas cognitivos como al significado comunicativo simbólico atribuido a algunos aspectos físicos del área percibida como el barrio/vecindario— y afectivo —que incluye sentido de comunidad, apego al lugar y sentimiento de ayuda mutua.

Cuando hablamos de soledad no deseada y aislamiento —que no son sino formas de *des-cuido*, de uno mismo o de los demás hacia uno— debemos recordar que son problemas que se pueden dar en cualquier momento de la vida. Por ejemplo, en la atención a las situaciones de soledad es necesario apostar por la proximidad, sobre todo en grandes ciudades y entornos urbanos; y ahí el sentido de comunidad y la vecindad juegan un papel crucial. Que una persona joven viva sola y se sienta sola o se encuentre aislada en el barrio, en un edificio en el que viven más de 20 vecinos; que una mujer mayor con problemas de movilidad necesite ayuda para la compra y no la reciba; que una familia monomarental tenga

problemas para conciliar trabajo y cuidados familiares y nadie le ayude, son asuntos con dimensión generacional que nos interpelan. Pero no solo durante el tiempo de confinamiento, sino siempre.

Aunque con frecuencia no lo percibamos, todas estas situaciones están urgiendo a la corresponsabilidad intergeneracional, a impulsar comunidades de generaciones cuidadoras, a la responsabilidad de todas las generaciones en el impulso del bien común, en la construcción del *nosotros*, una palabra que contiene otras dos (*nos-otros*) que nos desafían a caer en la cuenta de que sin «otros» no es posible un «nos» —lo que, traducido a términos generacionales, equivale a decir que sin una generación anterior no es posible la generación siguiente.

«Ayudo a mis vecinos cuando lo necesitan», «Puedo confiar en mis vecinos», «Conozco y tengo mucho trato cotidiano con mis vecinos», «Es importante ayudarse unos a otros», «Creo que nos necesitamos unos a otros», «Estoy satisfecho de mis relaciones con los vecinos del barrio /comunidad», todas estas frases son ítems de una de las escalas más utilizadas para evaluar el sentido de comunidad. Y forman parte de un principio de fondo: *somos miembros interdependientes de una misma comunidad y estamos vinculados en un proyecto común*. Y por eso tenemos un compromiso de cuidado mutuo.

Cuando a esta interdependencia sociocomunitaria le añadimos el factor tiempo es cuando la intergeneracionalidad cobra todo su sentido.

1.3. Intergeneracionalidad: interdependencia en el tiempo

A propósito de algunas situaciones edadistas en el contexto de la pandemia de COVID-19, la Cátedra Macrosad de Estudios Intergeneracionales de la Universidad de Granada, cuyos objetivos son la divulgación científica relacionada con la intergeneracionalidad y la promoción de las relaciones intergeneracionales como medio para impulsar el bienestar y el progreso socioeconómico de personas y comunidades, con especial atención a los grupos generacionales que necesitan más apoyo, hizo una Declaración pública en Granada el 15 de abril de 2020. En ese documento se urgía a «colocar definitivamente en la agenda pública la necesidad de realizar, en todas las edades, una eficaz educación sobre el proceso de envejecimiento y de impulsar las relaciones intergeneracionales dentro y fuera del ámbito familiar». Y se añadía lo siguiente: «En sociedades como la nuestra, que acusa un evidente envejecimiento demográfico, aumentar las oportunidades para un buen contacto intergeneracional ha dejado de ser una opción para convertirse en una imperiosa necesidad. De lo contrario nos arriesgamos a que el edadismo, es decir, las actitudes negativas y discriminatorias hacia las personas en función de

su edad, vaya en aumento, y con ello, a perjudicar seriamente el bienestar y la vida de muchas más personas». La Cátedra incluyó en su Plan de Actividades de 2020 el diseño y el lanzamiento de una campaña en torno al tema «Más intergeneracionalidad, menos edadismo», a la que invitó a sumarse a personas y entidades que estuviesen interesadas¹.

¿Por qué esta urgencia de impulsar un buen contacto intergeneracional? Porque la intergeneracionalidad es la vía para conectar personas y procesos a través del tiempo, es una manera de practicar la interdependencia en el tiempo. Si esta interconexión temporal de la que hablamos ha sido siempre consustancial a la supervivencia de nuestra especie —lo que queda patente en la necesidad de cualquier recién nacido de recibir de inmediato cuidados por parte de alguien con pasado, es decir, alguien de mayor edad, de otra generación que ya llevaba tiempo ahí—, la democratización de la longevidad (Pérez-Díaz, 2010) la ha enfatizado al aumentar la posibilidad —solo es una posibilidad— de cruzarnos con personas de edades y generaciones distintas a lo largo de vidas más largas. Digamos que el entramado de temporalidades que en un mismo momento subsiste en nuestra sociedad se ha densificado enormemente; de modo más claro, y con un sencillo ejemplo: cada vez tenemos que desplazarnos a menor distancia para saludar a alguien de 100 años, y cada vez es más probable llegar a conocer a nuestros bisnietos.

Pues bien, esta sensibilización y esta alfabetización en torno al paso del tiempo —es decir, en torno al envejecimiento— como dimensión troncal de la vida humana, hace que el tema de los cuidados intergeneracionales merezca una atención específica. El sociólogo Christopher Groves (2014) ha explicado que consideremos el cuidado como una actitud o como una práctica que siempre incluye un sentido de temporalidad en tanto en cuanto cuidar supone implicarse directa e íntimamente en el futuro de la persona cuidada. Si cuidamos es porque queremos que algo subsista, se mantenga, viva, ... envejezca. El cuidado pone en juego no solo la viabilidad de la vida presente, sino su capacidad de perdurar en el futuro. Y el cuidado intergeneracional es precisamente el que tiene su razón de ser en prestar una atención específica a la conexión entre bienestar de las personas y paso del tiempo: cuantas más generaciones conviven en un momento dado, más probable e imperioso resulta cuidar intergeneracionalmente, y cuando lo hacemos estamos apostando por el futuro de las generaciones cuidadas, enlazadas en el tiempo con las generaciones cuidadoras.

Groves también habla de una «lógica transaccional del cuidado» que realza, a la vez, nuestra naturaleza relacional en el tiempo. Precisamente por su carácter

1. Para más información ver: <https://catedras.ugr.es/macrosad/>.

transaccional. el cuidado también conecta con los pasados —además de con los futuros, como acabamos de explicar— de aquellas personas a quienes cuidamos y, por ende, con nuestros propios pasados y futuros. En su opinión, el cuidado, entendido como relación de apego, como vínculo y como espacio seguro —que imbrica pasados, presente y posibles futuros— es una relación en la que el tiempo —en especial, el tiempo futuro— es un elemento nuclear. De ahí que cuidar tenga tanto sentido en momentos de incertidumbre: *sentirse cuidado ensambla entre sí momentos temporales* —un pasado que ha dejado rastro, especialmente en el cuerpo; un presente inestable y un futuro muy incierto—, y nos permite vislumbrar horizontes futuros en medio del desasosiego de lo contingente —en estos momentos no hace falta explicar en qué consiste este desasosiego, porque es un fenómeno y una experiencia que nos rodea: la incertidumbre y la vulnerabilidad son «un “elemento” que los humanos habitan, del mismo modo que los peces viven en el agua» (Groves, 2014, p. 134).

Cuidar intergeneracionalmente es *cuidar a los extraños en el tiempo*, sí, pero unos extraños con quienes estamos conectados —ya que toda generación ha sido generada por otra anterior, de ahí la obligada conexión—. Y este viaje en el tiempo ensancha y alarga nuestras vidas. Las ensancha porque introducimos en el presente a unos *otros* cualitativamente distintos —¿cuántas personas jóvenes no tienen en la agenda de sus móviles ningún teléfono de alguien de 90 años?—, y las alarga, porque nos permite conocer los pasados y los posibles futuros al adentrarnos —por la completa atención e implicación que exige el cuidado (Noddings, 2013)—, en el espacio-tiempo de la persona cuidada sin abandonar el nuestro.

2. Generatividad y cuidados

El cuidado correcto no es invasivo, parte del respeto a la persona a la que se va a cuidar y a sus deseos. «No quiero ser cuidado como objeto (objetivación, cosificación) sino como sujeto», dicen los entrevistados en el estudio *Cuidar como nos gustaría ser cuidados*, realizado por Fundación bancaria «la Caixa». Pero para que esto sea así es necesario que haya una buena y continuada formación de los cuidadores, para que puedan ejercer bien el cuidado de otros. Se trata de estar atento a sus necesidades y preferencias, de velar por su bienestar, de dar un trato digno que desarrolle el potencial del otro (sus capacidades) a lo largo del tiempo. Cuidar supone mantener una relación muy concreta que no puede dar lugar a abandono, negligencia, ni sobreprotección.

«Apoyar y proteger a las personas mayores que viven solas en la comunidad es asunto de todos», dijo recientemente Hans Henri P. Kluge, director regional de la OMS para Europa: las personas mayores como pacientes deben recibir trata-

miento adecuado a la enfermedad, pero también las personas mayores son agentes y deben estar presentes en las respuestas a la crisis y las decisiones sobre lo que desafortunadamente se denomina «nueva normalidad».

Todas las personas tienen derecho a los recursos que garanticen una vida digna en la vejez, según aparece reflejado en el Principio 18 del *Pilar Europeo de Derechos Sociales de la Unión Europea*, proclamado el 17 noviembre de 2017. Aunque es obvio que las personas mayores tienen los mismos derechos que las demás, en muchas ocasiones se vulneran, sobre todo cuando esas personas tienen una situación de dependencia y se dan circunstancias especiales como las vividas durante la crisis de la COVID-19. En muchas vulneraciones de derechos, ni los profesionales, ni las familias, ni la sociedad en general y, a menudo, ni las propias personas mayores, son conscientes de que se están lesionando los derechos humanos e incurriendo en situaciones de maltrato. Con el objetivo de crear conciencia sobre el asunto, la Fundación Pilares para la Autonomía Personal publicó el libro *Derechos y deberes de las personas mayores en situación de dependencia y su ejercicio en la vida cotidiana*, fruto de una investigación realizada por esta Fundación desde un enfoque de los cuidados basado en Derechos Humanos y en el modelo de atención integral y centrada en la persona, que se viene proponiendo insistentemente en la actualidad tanto por la comunidad experta como por organismos internacionales. El estudio pretendía conocer la vulneración de los derechos humanos de las personas mayores en situación de dependencia tanto en residencias como en hogares familiares; saber qué derechos se vulneran, en qué situaciones, por qué motivos y cómo poder actuar para garantizar su ejercicio, para preservar la dignidad de las personas mayores. Según el estudio, los derechos que son vulnerados con más frecuencia son: libertad y autonomía para tomar decisiones sobre su propia vida, control de sus bienes, derecho a la intimidad, al honor y a la propia imagen, prácticas afectivas y sexualidad, y discriminación en el acceso a los servicios de salud, a la libre circulación².

Pero las personas mayores —al igual que muchas personas de otros grupos generacionales— no solo son receptoras de cuidado. De hecho, habría que partir del principio de que en la interacción propia del cuidar no existen posturas fijas —una persona cuida y la otra es cuidada— sino diálogo y transacción permanente. Sin embargo, esto no siempre se percibe así. Es más, la tendencia es pensar que vejez y recepción de cuidados van asociadas. ¡Flagrante error!

Lo cierto es que por muchos años las personas mayores han contribuido a la sociedad de diversas maneras, con aportaciones dirigidas al beneficio de los

2. Para una mayor profundización en el tema de Derechos de las personas mayores, ver: <https://www.fundacionpilares.org/publicaciones/fpilares-estudio06-derechos-deberes-personas-mayores.php>.

demás y de ellas mismas. Muchas personas mayores han demostrado ser *generativas*. Estamos hablando de la generatividad, definida por Erikson como «la preocupación por establecer y guiar a la siguiente generación» (Erikson, 1963, p. 267). Consiste en la capacidad que la persona tiene de enseñar sus experiencias a otros, dar consejos, cuidar de los demás y generar productos e ideas mediante los que dejar huella, estableciendo una vinculación con las demás generaciones.

Las contribuciones que las personas hacen pueden variar dependiendo del contexto cultural, social, de los recursos personales con los que cuentan y del momento histórico que viven. El concepto de generatividad se deriva de la teoría del desarrollo psicosocial de Erikson (1963), según la cual el ciclo de vida humano evoluciona a través de ocho etapas organizadas jerárquicamente desde la infancia hasta la vejez, considerando las influencias de la cultura y el entorno social. Cada una de las etapas presenta una crisis de personalidad, que ha de resolverse para un adecuado desarrollo del yo (Erikson, 2000). De la resolución positiva de la crisis surge una fuerza, virtud o potencialidad y de su no resolución surge una patología o fragilidad específica. La séptima etapa —generatividad vs estancamiento— ocurre en la mediana edad y precede a la última etapa (Erikson, 1963).

Todos podemos ser generativos en cualquier momento de nuestras vidas, pero para Erikson la generatividad tendría gran desarrollo en la mediana edad, período en que las personas se preocupan más por dejar un legado y se hacen más conscientes de la importancia de sentirnos necesitados. Si la generatividad consigue imponerse al estancamiento se abre paso la capacidad de generar o crear productos, obras o ideas (Erikson, 1982), y también la virtud del cuidado, es decir, el compromiso de cuidar de las personas. Las características generativas se han tomado como marcadores de adaptación exitosa al proceso de envejecer. Se considera que las personas que resuelven con éxito la crisis de desarrollo de la generatividad asumen la responsabilidad del bienestar de las generaciones futuras y les ayudan a prosperar (Hofer et al., 2016). Las personas no generativas, en cambio, experimentan un sentimiento generalizado de estancamiento, de desconexión con la comunidad y relaciones interpersonales empobrecidas. La generatividad también se ha relacionado con el bienestar, tanto en la edad adulta como en la vejez (Sheldon & Kasser, 2001).

De acuerdo con Villar (2012), la generatividad en la vejez coordina dos tipos de desarrollo; en primer lugar, el desarrollo social y comunitario, referido a las actividades generativas, las cuales están orientadas a la atención, el mantenimiento de lo que se ha logrado y a la mejora de la vida de los demás y de las instituciones sociales en las que se participa; y, en segundo lugar, el desarrollo personal, referido a las actividades y las metas generativas, las cuales dan sentido a la vida de las personas e impulsan sus competencias, habilidades e intereses, lo que, a su vez, amplía el rango de actividades generativas a las que las personas pueden tener acceso.

El trabajo de Erikson sobre la generatividad se centró principalmente en las relaciones familiares, especialmente en la procreación y la crianza de los hijos; sin embargo, el concepto ha sido ampliado por diferentes autores que han seguido desarrollando las teorías de Erikson y no se limita solo al ámbito familiar, sino que la generatividad puede ser expresada en múltiples contextos sociales y comunitarios. La generatividad implica contribuir al bien común de los entornos en los que las personas participan, para reforzar y enriquecer las instituciones sociales, asegurar la continuidad entre generaciones o plantear mejoras sociales (Villar et al., 2013). Las relaciones abuelos-nietos son un ámbito de manifestación de la generatividad, pero también lo son las relaciones intergeneracionales fuera de la familia.

Una de las razones para considerar a la generatividad como aspecto importante en el envejecimiento y los cuidados es que, desde una perspectiva demográfica, el aumento de la esperanza de vida y el cambio en el perfil de las personas mayores nos lleva a replantearnos la contribución de estas personas a los contextos familiares, sociales y comunitarios.

Hace un par años se preguntó a una muestra de la población española de personas de 18 y más años que tenía o había tenido contacto con abuelos y/o abuelas, qué dos contribuciones —de un listado— aportan abuelos y abuelas a la sociedad española. Las cinco respuestas de mayor frecuencia, en orden descendente, fueron estas: *ayudar económicamente*, *mantener la familia unida*, *cuidar de otros miembros de la familia*, *dar apoyo emocional (cariño)* y *dar consejos*. Resulta claro que este resultado da a entender una percepción de abuelas y abuelos como personas cuidadoras. Lo deseable sería que esa percepción se extendiese a cualquier persona adulta y mayor como potencialmente capaz de desplegar una generatividad dirigida al cuidado de generaciones más jóvenes. En términos de necesidades de cuidados intergeneracionales no podemos prescindir de nadie que quiera cuidar, especialmente en el ámbito extrafamiliar.

Datos del Centro de Investigaciones Sociológicas correspondientes a 2018 indican que el 86.5% de las personas mayores de 65 años tenían contacto regular con parientes menores de 35 años; ahora bien, cuando estos últimos no eran familiares, ese porcentaje caía hasta el 35.8%. Como vemos, esta forma de contacto intergeneracional regular se reducía a la mitad al salir del ámbito familiar, y sin contacto no es posible cuidar. Este abismo en cuanto al contacto intergeneracional descendente —de personas mayores con jóvenes y niños— que se abre al salir del espacio familiar y al que aún no se le ha prestado suficiente atención, resulta especialmente dañino en tiempos de extrema necesidad: ¿cuántas personas de una y otra generación pueden estar siendo *des-cuidadas* porque no tienen un familiar con posibilidades de atenderlas y, al mismo tiempo, las personas no familiares de su entorno no acaban de darse cuenta de que el cuidado de quienes no son sus parientes también les compete? Iniciativas como el proyecto *Radars*, de marcada

naturaleza intergeneracional, intentan que el *familismo* no nos nuble la vista: buscan y atienden a personas mayores de 85 años que viven solas o acompañadas de otra persona mayor.

3. Proyectos intergeneracionales para cuidar

Precisamente porque es necesario conectar el cuidado intergeneracional dentro y fuera de la familia, merece la pena acabar haciendo referencia a ejemplos concretos sobre cómo las generaciones se cuidan mutuamente sin que entre ellas existan lazos de sangre. ¿Cómo? Mediante proyectos intergeneracionales, que son un instrumento para hacer posible el cuidado ascendente y descendente entre generaciones. Nadie sabe con precisión ni cuántos ni cuáles de esos proyectos existen en España —ni fuera de nuestro país tampoco—, pero sí contamos con algunos que pueden inspirarnos en tiempos de distanciamiento físico en los que tan imprescindible es el no distanciamiento social. Es más, conocer estas prácticas de cuidado extrafamiliar puede servir para entender mejor lo que significa el cuidado familiar; al fin y al cabo, de lo que venimos hablando en estas páginas es de una retroalimentación entre sí de todas las formas posibles de cuidado intergeneracional.

Hace tiempo que sabemos que los posibles beneficios de los proyectos intergeneracionales son múltiples; por ejemplo, beneficios psicológicos y conductuales, que incluyen mejores actitudes hacia el envejecimiento y mejores percepciones de los niños sobre las personas mayores, aumento de la empatía generacional y comportamiento prosocial como la disposición a compartir, ayudar y cooperar. También se ha demostrado que esos proyectos pueden aumentar el compromiso social, la confianza y la resiliencia. Y, por supuesto, un proyecto intergeneracional puede ser un marco idóneo para establecer una relación de cuidado. Una buena prueba de ellos son los ejemplos que siguen y que nos sirven para concluir que ante la multigeneracionalidad y la contingencia crecientes hay que poner más empeño en interconectar a las distintas generaciones —con y sin lazos familiares— en tareas de cuidado mutuo. Nuestra subsistencia está en juego.

Tiempo de cuidar

En Italia, el Gobierno ha decidido invertir 5 millones de euros en 2020 para que 1.200 jóvenes de 18 a 35 años se impliquen, durante 6 meses, en actividades de cuidado a personas mayores a través de ayuda domiciliaria y/o remota para la realización de pequeñas tareas —hacer la compra, ir a la farmacia, contactar con

el médico de cabecera, etc.— y para dialogar. Dos ministerios italianos se han puesto de acuerdo para apoyar de este modo a las familias que cuidan a personas mayores en medio de la emergencia sanitaria asociada a la COVID-19. Además de a las familias, la iniciativa está especialmente dirigida a personas mayores que se encuentran solas y su operacionalización se hará a través de entidades del tercer sector que ya están implantadas en la geografía del país. No es habitual que una decisión gubernamental apueste explícitamente por favorecer el intercambio intergeneracional extrafamiliar dirigido a la prestación de cuidados.

TimeOut@UCLA

Este programa se realiza en la costa oeste de Estados Unidos. Consiste en reclutar e implicar a estudiantes universitarios de grado en un servicio intergeneracional mediante el cual entran en contacto con personas mayores en fases iniciales de demencia a quienes les viene muy bien la interacción social y la compañía con alguien más joven; a la vez, este proyecto trata de ofrecer un tiempo de respiro —6 horas a la semana— a las personas que cuidan habitualmente de esas personas mayores. Por si esto fuese poco, se añade otro elemento que aumenta el valor añadido del proyecto: el alumnado participante suele estar compuesto por estudiantes que desean desarrollarse profesionalmente en los campos de la geriatría o la gerontología y que puedan aprovechar la ocasión para profundizar en su conocimiento del envejecimiento y de las personas mayores. Así, ayudar, cuidar, aliviar y formarse se dan la mano gracias un cruce intencionado de distintas generaciones.

La comunidad Plaza América

«Las viviendas intergeneracionales de la plaza América en Alicante se convierten en un modelo a seguir en la cuarentena y ninguno de los 90 vecinos se ha contagiado». Así decía el subtítulo de un artículo del diario alicantino *Información* publicado en mayo de 2020. Su título era «Un fortín frente al COVID-19». Se refería a la comunidad del edificio que el Ayuntamiento de Alicante, con apoyo de otras instituciones, construyó en 2008 en la citada plaza de la ciudad con el fin de acomodar a jóvenes menores de 35 años sin vivienda y dispuestos a comprometerse a prestar cuatro horas semanales de servicio, y a personas mayores de 65 años capaces de vivir independientemente que no poseyeran una vivienda habitable.

Con estas condiciones de partida, y un entorno arquitectónico adecuado, lo que ha ido surgiendo ha sido una comunidad de cuidados mutuos entre los vecinos mayores y los jóvenes, que conviven puerta con puerta. Una de las vecinas mayores dice: «Nos tenemos que cuidar a nosotros mismos», pero añade de

inmediato: «y cuidar a los demás, por supuesto». En este caso los demás no son indiferenciados, sino personas de generaciones distintas porque en esta comunidad es fácil practicar la inteligencia generacional.

Y cuando esa misma mujer mayor afirma, refiriéndose a una vecina joven —que es la encargada de su planta: «es como una madre pequeña, pero una madre para todas, la chiquilla», está ofreciendo un ejemplo de sinergia intergeneracional: ¿Dónde, salvo en un entorno como este, podría esa joven ejercitar el rol de madre —con la labor de cuidado implícita— para con un grupo de personas mayores?».

Guardería y residencia de personas mayores juntos

El cuidado intergeneracional puede darse uniendo a niños y personas mayores mediante la introducción de guarderías y residencias que comparten los mismos espacios y edificios. Este nuevo modo de atención se está volviendo cada vez más popular en las residencias de todo el Reino Unido y las personas que participan, los profesionales y los investigadores reconocen los beneficios de conectar a diferentes generaciones compartiendo experiencias³. En Reino Unido (Wandsworth, Londres), *Nightingale House* es un centro de atención intergeneracional que alberga una guardería y una residencia para personas mayores en el mismo edificio. Esto permite que los niños y los residentes mayores interactúen a diario y posibilita que la residencia integre los intercambios intergeneracionales como parte de los recursos de atención y cuidados a las personas mayores.

Una serie que muestra los beneficios de la intergeneracionalidad

Mostrar el potencial que tiene el contacto entre generaciones⁴ en formato serie ha sido la apuesta que han realizado en Reino Unido (Channel 4, con el programa *Old People's Home for 4 years old*) y en España (Movistar, con el programa *Cosas de la Edad*).

Los beneficios para la salud física y mental de la atención intergeneracional son de gran alcance, desde reducir la soledad e inducir estados emocionales positivos hasta recordar la infancia de las propias personas mayores (y canciones y juegos de aquel entonces) y el tiempo que pasaron con sus hijos cuando eran

3. <https://www.age-platform.eu/good-practice/intergenerational-care-and-nursery-home-uk>.
4. <https://www.youtube.com/watch?v=Gxo9A7AN5R0>.

pequeños. Para los niños participantes, estos momentos ayudan al lenguaje y las habilidades sociales⁵.

Es muy gratificante ver que en la fecha de cierre de este artículo, la serie tiene 248.540 visualizaciones. «Una pionera, emotiva y divertida experiencia televisiva de la relación entre niños y ancianos» dice la voz en *off* en el tráiler de presentación de esta serie documental española de seis episodios, en la que durante un período de tiempo, un grupo de diez niños visita diariamente una residencia para realizar juegos y terapias con diez personas mayores.

Cuidados intergeneracionales y reducción de la soledad

En una sociedad donde más australianos mayores se sienten solos y aislados, ¿podrían las interacciones con los niños pequeños tener un lugar permanente en el cuidado de personas mayores? En Australia, investigadores y muchos profesionales de los sectores de la educación y el cuidado de personas mayores están pidiendo que se establezca la práctica intergeneracional como una intervención basada en la evidencia, con beneficios disponibles para los jóvenes y las personas mayores⁶.

Bridge Meadows

Que la generatividad está detrás del cuidado intergeneracional entre no familiares lo demuestra este proyecto —una comunidad, en realidad— ubicado en el entorno de la ciudad de Portland (EE. UU.). Familias de acogida de menores cuyos progenitores no pueden hacerse cargo de ellos viven en una misma zona urbanizada; allí mismo también residen personas de 55 o más años que actúan como abuelos sustitutos y mentores para los menores y sus familias. Estas personas dedican en torno a 8 horas semanales a hacer actividades con los niños y niñas acogidos, una manera de cuidarles a la vez que prestan apoyo a sus familias de acogida.

Derenda Schubert, directora de esta comunidad intergeneracional intencionada, dice que el propósito último de la misma es «crear una comunidad trigeneracional —menores, padres y personas mayores— con el objetivo social de ayudar a que los niños de protección encuentren familias para siempre». Como vemos, una visión del cuidado a la infancia que pretende tener un impacto para toda la vida.

5. <https://www.age-platform.eu/press-releases/people-all-ages-need-build-together-post-pandemic-world-designed-everyone-and-planet>.

6. <http://hospitalhealth.com.au/content/aged-allied-health/article/the-case-for-intergenerational-care-in-australia-400165437#ixzz6VPijRIXZ>.

Y así cuenta una de las madres que viven en *Bridge Meadows* el tipo de cuidado que recibe de sus vecinos y vecinas mayores: «Hay personas mayores que cocinan la cena para mí y mi familia, que vienen a visitarnos, se sientan y hablamos. Sé que si alguna vez tengo un problema puedo ir y hablar con ellos». En una comunidad como ésta, la práctica del cuidado, tan en su centro, acaba contagiándose: «Y no son solo las personas mayores, son las familias, los niños que apoyan a otros niños, los padres que ayudan a otros padres. Es bonito saber que estás en un lugar seguro y que todos están cuidando de los demás, y que nadie está aquí únicamente pensando en sí. Toda la gente está aquí para formar parte de algo.

5. Referencias

- BIGGS, S. y LOWENSTEIN, A. (2011): *Generational Intelligence: A Critical Approach to Age Relations*. London: Routledge.
- Cátedra Macrosad de Estudios Intergeneracionales (2020): *Más intergeneracionalidad, menos edadismo. Declaración pública a propósito de la discriminación por edad*. https://drive.google.com/file/d/1m5aibmJ3vnPmCZlMjfvBOLu_ijvioacd/view
- ERIKSON, E. (1963): *Childhood and Society*. New York: WW. Norton & Co.
- (1982/2000): *El ciclo vital completado*. Barcelona: Paidós.
- Fundación Aubixa (2019): *La Euskadi sostenible: por un nuevo pacto intergeneracional para un país de cuidados*. <https://cdn.diariovasco.com/documentos/aubixa-cas.pdf>
- GÓMEZ, R., FERNÁNDEZ, C. y CÁMARA, N. (2018): ¿Quién cuida a quién? La disponibilidad de cuidadores informales para personas mayores en España. Una aproximación demográfica basada en datos de encuesta. *Informes Envejecimiento en Red*, 20. Madrid: CSIC.
- GROVES, C. (2014): *Care, Uncertainty and Intergenerational Ethics*. New York: Springer.
- HOFER, J., BUSCH, H., AU, A., POLÁČKOVÁ ŠOLCOVÁ, I., TAVEL, P. y WONG, TT. (2016): Generativity does not necessarily satisfy all your needs: Associations among cultural demand for generativity, generative concern, generative action, and need satisfaction in the elderly in four cultures. *Dev Psychol*, 52(3), 509-19. doi: 10.1037/dev0000078.
- MCMILLAN, D. y CHAVIS, D. (1986): Sense of community: A definition and theory. *Journal of Community Psychology*, 14(1), 6-23. doi: 10.1002/1520-6629.

- NODDINGS, N. (2013): *A relational approach to ethics and moral education*. Berkeley, CA: University of California Press.
- NOWELL, B. y BOYD, N. (2010): Viewing community as responsibility as well as resource: deconstructing the theoretical roots of psychological sense of community. *Journal of Community Psychology*, 39 (8), 1040-1040. <https://doi.org/10.1002/jcop.20398>
- PÉREZ DÍAZ, J. (2010): «El envejecimiento de la población española». *Investigación y Ciencia*, 410, pp. 34-42.
- PÉREZ DIAZ, J. y ABELLÁN GARCÍA, A. (2018): «Envejecimiento demográfico y vejez en España». *Panorama Social*, 28, pp. 11-47.
- PONS, J., GRANDE, J., GIL, M. y MARÍN, M. (1996): El sentido de pertenencia: Un análisis estructural y de sus relaciones con la participación. En A. SÁNCHEZ VIDAL y G. MUSITU (Eds.): *Intervención Comunitaria: Aspectos científicos, técnicos y valorativos* (pp. 179-191). Barcelona: EUB.
- SARASON, S. (1974): *The psychological sense of community: Prospects for a Community Psychology*. San Francisco: Jossey-Bass.
- SHELDON, K. M., y KASSER, T. (2001): Getting older, getting better? Personal strivings and psychological maturity across the life span. *Developmental Psychology*, 37(4), pp. 491-501. <https://doi.org/10.1037/0012-1649.37.4.491>
- TONNIES, F. (1947): *Comunidad y sociedad*. Buenos Aires: Avellaneda.
- UNGER, D. G. y WANDERSMAN, A. (1985): The importance of neighbors: The social, cognitive, and affective components of neighboring. *Am J Commun Psychol*, 13, 139-16. <https://doi.org/10.1007/BF00905726>
- VILLAR, F. (2012): Hacerse bien haciendo el bien: la contribución de la generatividad al estudio del buen envejecer. *Información Psicológica*, 104, pp. 39-56.
- VILLAR, F., LÓPEZ, O. y CELDRÁN, M. (2013): La generatividad en la vejez y su relación con el bienestar: ¿Quién más contribuye es quien más se beneficia? *Anales de Psicología*, 29(3), pp. 897-906.



 ***Caritas
Española***

Editores

Embajadores, 162 - 28045 MADRID

Teléfono 914 441 000 - Fax 915 934 882

publicaciones@caritas.es

www.caritas.es